

referencia al mismo asunto: «Oh santa edad, por nuestro mal pasada, /a quien nuestros antiguos le pusieron/ el dulce nombre de la edad dorada...».

El mito de la edad dorada o de Saturno aparece en Séneca, Boecio, Castiglione, Mal Lara, Saint-Pierre, Rousseau y otros primitivistas. A él se refieren también *Lo somni*, de Bernat Metge y *De optima politia*, de Alonso de Madrigal.

La lectura y el comentario en la época renacentista de los clásicos griegos y latinos, en quienes la referencia al siglo de oro cobra una relevancia muy significativa, influyó sin duda en nuestros escritores de los siglos XVI y XVII que retoman el tema, insertándolo en su pensamiento político y social. Erasmo escribe de él en *Elogio de la locura* y en sus *Cartas*, es reelaborado por los humanistas y Luis Vives lo incluye en sus «Comentarios» al *De civitate Dei*, de San Agustín. Los representantes en Cortes de Valladolid (1518), como explica Maravall, en *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, lo hacen sonar ante el emperador.

Las novelas y los diálogos pastoriles descansan sobre este mito, del que los historiadores y cronistas de Indias, desde Oviedo, Las Casas y Acosta hasta el inca Garcilaso, también se hicieron eco. Algunos de estos autores, como el mercedario fray Martín de Murúa que escribe la historia del primitivo Perú²⁷, sostienen que muchos de estos pueblos conocieron en sus primeros tiempos una especie de *felicidad dorada*. La pintura intenta una plasmación gráfica del tema, uno de cuyos ejemplos representativos lo constituye, como recuerda Maravall, el cuadro de Bruegel el Viejo, conservado en el Museo de Troyes.

El motivo adquiere distintos tratamientos y variantes en autores como Mariana, Balbuena y el obispo Guevara. Así, si don Quijote proclama en su discurso ante los cabreros que en aquella edad dichosa no había fraude, y el engaño y la malicia no se mezclaban con la verdad y la llaneza (*Quijote*, I, 11), el padre Mariana escribirá igualmente: «Nullus locus fraudi, nulla mendacia»²⁸. Y si don Quijote califica a su tiempo de «edad de hierro» y «siglos detestables», Balbuena insistirá en que la edad de oro era un «tiempo en que el mundo, no tan envuelto en maldades y vicios, ofrecía a los hombres menos recatada y más apacible vida»²⁹. Es decir, ese siglo dorado no lo sería tanto por la presencia de grandes sabios que le imprimiesen esplendor cuanto por la ausencia de «hombres malos» que desdorasen el brillo de la bondad natural. Así lo declara Antonio de Guevara:

Aquel antiquísimo siglo de Saturno que por otro nombre se llama el siglo dorado fue por cierto muy estimado de los que le vieron, muy loado de los que de él escribieron y muy deseado de todos los que de él gozaron, y es de saber que no fue dorado por los sabios que tuvo que lo dorasen, sino porque carecía de hombres malos que lo desdorasen³⁰.

En relación con lo anterior opina Maravall que no hay hombres que escuchen a don Quijote con más generosidad, desinterés y respetuosa atención que los cabreros a quienes dirige su discurso.

Resulta por otra parte habitual contraponer la felicidad dorada que se vive en el campo o en la aldea con la vida ajetreada de la corte. Al lado del conocidísimo *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, de Guevara, hay que situar otros libros no tan citados como la *Obra de Agricultura*, de Gabriel Alonso de Herrera³¹. Para este emprano agrarista,

²⁷ Martín de Murúa, Historia del origen y genealogía de los Reyes Incas del Perú, ed. del P. Bayle, Madrid, CSIC, 1946.

²⁸ Mariana, J. de.: De Rege et Regis institutione, pág. 16, apud Maravall, op. cit. pág. 229.

²⁹ Balbuena, B.: El siglo de Oro en las selvas de Erifíce, impreso en Madrid por Alonso Martín, 1608, folio 18.

³⁰ Guevara, A.: Marco Aurelio, folio XXXVII.

³¹ Herrera, G. A.: Obra de Agricultura, Alcalá, 1524 (Sobre esta obra ha publicado el profesor Fradejas Lebrero el trabajo «Dolor de España en Gabriel Alonso de Herrera», en Estudios sobre el Siglo de Oro. Homenaje a Francisco Ynduráin, Madrid, Editora Nacional, 1984, pp. 231-244).

frente a la vida azarosa y llena de peligros de los mercaderes, es la de «labrar el campo, vida sancta, segura, llena de inocencia, agena de pecado. Quién podrá en breve dezir las excelencias y provechos que el campo acarrea».

La oposición campo-ciudad se manifiesta también en los escritos de otros autores como Juan de Lucena, fray Alonso del Castrillo y Pedro de Navarra que escribe un libro con este título tan ilustrativo: *Diálogos de la diferencia que ay de la vida rústica a la noble (Doctrina muy útil para los errores de nuestro tiempo)*.

El mito de la edad dorada se desarrolla literariamente en muchos casos, dentro del universo pastoril. Así Fernando de Herrera en sus *Anotaciones* a Garcilaso, hablando del mundo pastoril en que nos introducen sus églogas, comenta: «Las costumbres representan el siglo dorado (...) las palabras saben al campo y a la rustiqueza de la aldea»³². La tendencia al bucolismo apunta ya en Petrarca, si bien, como señala Castro, de una manera artificiosa y muy apegada a Virgilio. En pleno siglo XV, León Bautista Alberti hace el elogio de la vida rústica en *Della famiglia* (1441); de ahí procede, para el autor de *El pensamiento de Cervantes*, el tema e incluso el estilo del *Menosprecio de corte*, de Guevara. El elemento bucólico, que es un componente esencial en el *Quijote*, está presente —como hizo ver con gran penetración Helmut Hatzfeld— no sólo en los cinco pasajes propiamente pastoriles de la obra, sino a lo largo de todo el texto y se pone de manifiesto a través de múltiples rasgos estructurales y expresivos³³.

López Estrada ha explicado el aprovechamiento literario que hace Cervantes de los elementos procedentes de la novela pastoril y José Antonio Maravall ha logrado, con gran tino, llevar a cabo un análisis minucioso y una interpretación cabal de estos recursos. Advierte a este respecto que ya en el capítulo sexto del *Quijote* de 1605 la sobrina del hidalgo nos descubre su temor de que, curado este de la enfermedad de la caballería, caiga en otra, contagiado de los libros pastoriles. De ahí concluye Maravall que ya desde el comienzo de la novela estaba prevista la transformación en vida pastoril del proyecto restaurador de don Quijote, pero la evolución posterior de la novela impondría otro rumbo:

Si Cervantes hubiera continuado en los vanos entusiasmos juveniles, entre evasivos y utópicos, de una sociedad ideal, esa transformación del entorno del caballero en una sociedad conforme al patrón bucólico se hubiera producido desde el principio, tal vez a continuación de su encuentro con los pastores; pero Cervantes abandonó ese sueño y entonces la imagen de la sociedad, según el modelo de la convivencia en el campo, se concreta, en precisos perfiles, tan sólo en el momento final, al acabar la trayectoria del caballero, con su triste melancólico fracaso, y entonces ya no puede más que conformarse con aires de farsa³⁴.

Américo Castro sostiene en *El pensamiento de Cervantes* que lo pastoril es un género idealista y conscientemente irreal. El mundo bucólico es tomado como la base para proyectar desde él cierta visión de la vida perfecta; «mas como esa visión procede de una serie de deducciones racionales y esquemáticas, al moldearse dentro de un género literario forzosamente había de conservar su carácter esencialmente quimérico y racionalista»³⁵. Discrepa, sin embargo, don Américo de la opinión de Menéndez Pelayo, según la cual el género bucólico era un puro *dilettantismo* estético y argumenta que si pensamos

³² En Garcilaso de la Vega y sus comentaristas, ed. de Gallego Morell, Madrid, Gredos, 1972, pág. 474.

³³ Hatzfeld, H.: El «Quijote» como obra de arte del lenguaje, Madrid, CSIC, 1949, pp. 334 y ss.

³⁴ Maravall, J. A.: Utopía..., pág. 190.

³⁵ Castro, A.: El pensamiento de Cervantes, Barcelona-Madrid, Noguer, 1980, pág. 179.

que el Renacimiento, en un aspecto tan importante como éste, reproduce cierto tipo de belleza antigua, por frívolo ejercicio de *dilettantismo*, el concepto de Renacimiento se nos va de entre las manos. Defiende, además, que «lo pastoril viene a su hora y razón, guiado por motivos intensos que afectan a lo más íntimo de la sensibilidad y de las ideologías coetáneas»³⁶. Reproduce Américo Castro unos fragmentos de Mal Lara de los que se deduce que los temas de lo pastoril y de la edad dorada son derivaciones de concretas ideas de la naturaleza, para concluir que un proceso análogo se produce en la mente de Cervantes.

José Antonio Maravall rechaza el concepto de mundo pastoril como una sustracción de lo real defendido por Castro y sostiene que la invención cervantina constituye una transmutación de lo real impulsada por una poderosa voluntad ficteana.

En este universo pastoril la valoración de la naturaleza llega a cotas tan altas que en ocasiones se convierte, como ha indicado López Estrada, en el verdadero protagonista de la obra literaria³⁷. El *sequere naturam* es un imperativo que se imponía a la mentalidad del hombre renacentista desde una doble perspectiva: desde las enseñanzas estoicas y desde las doctrinas cristianas. La naturaleza es para Fernando de Herrera un «instrumento de la divinidad»³⁸ y el mismo Cervantes la llama, en la *Galatea* y en *Persiles*, «mayordomo de Dios».

En el marco de la naturaleza se desarrolla la vida de los hombres en aquella maravillosa edad de oro. Viven alimentándose de los frutos de la tierra y de los productos frescos y sabrosos de los ganados que cuidan. La imagen de la edad dorada lleva consigo, como ha puesto de manifiesto Maravall, una visión optimista de la producción natural bastante para las entonces limitadas necesidades humanas. Así se nos presenta en el *Quijote*: «... a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto» (*Quijote*, I, 11).

Todo colectivismo, en la interpretación maravalliana, es una administración de la insuficiencia. «El mito de la edad dorada lo que lleva consigo es la creencia en una libertad de tomar de la naturaleza lo que se necesite, porque siempre habrá para ello»³⁹. Todas las utopías modernas, según nuestro autor, desde la de Moro hasta la de Morris se apoyan en este concepto de libre y feliz reducción a lo necesario, aunque sea un «necesario» con holgura.

Cervantes imbuido al principio de la ideología y los tópicos renacentistas sobre la naturaleza —como se evidencia en la *Galatea*—, evolucionará más tarde hasta dar la vuelta a la utopía y declarar que ésta es imposible. *El Quijote* será la magnífica respuesta negativa al pensamiento utópico del Renacimiento, incluida su égloga inicial. «Moro podía creer, como tantos otros en Europa, que eran válidas las posibilidades del gobierno de la naturaleza, según el mito agropastoril. Décadas más tarde, Cervantes comprende la falacia que encierra, después de haber participado juvenilmente de esa ilusión»⁴⁰.

Otros autores han analizado las implicaciones político-sociales del discurso cervantino sobre la edad de oro. Ludovik Osterc, en *El pensamiento social y político del Quijote*⁴¹ ha hecho especial hincapié en lo que el discurso cervantino supone de ataque al medievalismo moribundo y al naciente capitalismo. Américo Castro, en *Hacia Cervantes*, corrige

³⁶ *Ibidem*, pág. 180.

³⁷ López Estrada, F.: *Prólogo a su edición de Los siete libros de Diana, de Montemayor*, Madrid, Espasa-Calpe «Clásicos Castellanos», 1946, pág. XLIX.

³⁸ Gallego Morell, A.: *op. cit.*, pág. 504.

³⁹ Maravall, J. A.: *Utopía...*, pág. 197.

⁴⁰ *Ibidem*, pág. 226.

⁴¹ Osterc, L.: *México, Andrea*, 1963.

ciertos planteamientos expuestos en *El pensamiento de Cervantes* y acentúa la interpretación sociológica. Confiesa que en los años en que se publicó *El pensamiento...* (1925) dominaba la concepción de la *Kulturgeschichte* (historia de las ideas) y se pensaba que la literatura era separable de sus circunstancias humanas, de las condiciones de las personas y no se sospechaba en qué consistía el estar viviendo como español en el siglo XVI. Cincuenta años más tarde no duda en afirmar: «Al introducir en su obra el tema de la Edad de Oro, Cervantes tomó de la literatura humanística lo necesario para enfrentarse con el “detestable” medio español, al cual Cervantes se sentía aherrojado»⁴².

Por otra parte, la construcción utópica de Cervantes constituyó el mérito de diseñar el modelo de una sociedad que actualiza el modo de vida de las gentes primitivas y lo proyecta hacia el futuro. Este es el esquema de pensamiento básico que sobreviviría y recobraría una amplia eficacia en inspirar inconformismos reformadores durante mucho tiempo. La pervivencia de esta concepción utópica es patente en Sainte Pierre, Rousseau y Morelly, en Francia; Deföe y Swift, en Inglaterra y Menéndez Valdés y Montegón en España. Maravall comenta finalmente que en un país en plena industrialización, todavía Morris al dibujar su utopía de sociedad socialista, recuerda «el verdadero viejo ideal de los poetas pastoriles»⁴³.

El tema de «la realidad oscilante» en el *Quijote*

Como en otras muchas cuestiones, ha sido Américo Castro⁴⁴ el primero en resaltar este recurso cervantino. La inseguridad acerca de la consistencia de las cosas que vemos es una constante en don Quijote, según don Américo. Esta inseguridad proviene casi siempre de la multiplicidad aparental que ofrecen los objetos: «Andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan..., y así, eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa» (*Quijote*, I, 1). En otros casos la vacilación ante la realidad no se produce espontáneamente sino que es provocada y se hace que las cosas presenten una realidad ficticia al lado de la verdadera. Américo Castro destaca, entre otros ejemplos, el de la fingida muerte de Basilio en el *Quijote* y el de la simulada riña de la comedia de *La Entretenida*. Asegura el autor de *La realidad histórica de España* que si Cervantes se sirvió una y otra vez del tema del «engaño a los ojos» es porque constituye uno de los asuntos nucleares del Renacimiento. La cultura renacentista a la vez que se impregnaba de las ideas neoplatónicas irradiadas desde Florencia, estaba preparando lo que más tarde, desde Descartes, se conocería con el nombre de filosofía idealista. Se reconoce, sin embargo, en *El pensamiento de Cervantes*, que éste «ni era filósofo ni estaba interesado en el abstracto problema de a qué realidad refiriera el falible testimonio de los sentidos. El tema y la preocupación de Cervantes giraban en torno a cómo afectase a la vida de unas imaginadas figuras el hecho de que el mundo de los hombres y de las cosas se refractara en incalculables aspectos»⁴⁵. Por esta razón escribió en el prólogo a las *Novelas ejemplares* que carecen de «punto preciso y determinado las alabanzas y los vituperios». Se trata, según A. Castro, de lo que hoy se conoce con el nombre de «relatividad

⁴² Castro, A.: *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 1957, pág. 326.

⁴³ Morris, W.: *Noticia de ninguna parte*, traducción de Juan J. Morato, Madrid, 1968.

⁴⁴ Castro, A.: *El pensamiento...*, págs. 83 y ss.

⁴⁵ *Ibidem*, pág. 84.